



**MENSAJE DEL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA CIUDAD DE MÉXICO.TIJUANA,  
DOCTOR SAÚL CUAUTLE QUECHOL, S.J. CON MOTIVO DEL INICIO DEL AÑO IGNACIANO**

Hoy que estamos en el inicio del año ignaciano, quiero contarles esta historia que Ignacio de Loyola pone en su autobiografía, y dice textualmente que, después de durar un buen rato la batería, le acertó a él una bombarda en una pierna, quebrándosela toda, y porque la pelota pasó por entre ambas piernas, también la otra fue malherida. Este no fue el principio de la historia. Para estos tiempos Ignacio de Loyola contaba con alrededor de 30 años y su vida cargaba, además de momentos placenteros, sueños y aspiraciones, varias fracturas y golpes, otras balas que le hacían mirar la vida de una manera distinta.

Pero ésta, en particular, postró su vida en una cama y así entre los dolores y cruentas operaciones, así como añoranzas y recuerdos de su pasada vida, ésta herida de bala lo apuró a mirarse a sí mismo, a no perder de vista la realidad, a agudizar sus sentidos, a abrir los ojos y prestar atención a los otros, a cuestionar, meditar, reflexionar y rezar.

Es la fracción de la conversión de un hombre que, entre rebeldías y acatamientos, sin saberlo, es conducido y llevado amorosamente por las manos de Dios.

500 años de este histórico momento de la vida de Ignacio de Loyola, mirar solo la bala, o la herida, nos puede opacar el momento preciso en que Dios se nos hace presente.

La historia tuvo heridas; el presente, como sabemos, tuvo muchas heridas y seguramente el futuro también las tendrá, pero la oportunidad de encontrarnos con Dios y dejarnos conducir por él, renovarnos desde fuera, restaurarnos por dentro y salir comprometidamente renovados para, como dice Ignacio, en todo, amar y servir, es el regalo que recibimos al hallarnos con Dios, que plenifica y da vida en abundancia.

Pero cómo ayudarse para conseguir ese encuentro con Dios, que no deja de manifestarse, qué podemos hacer creativamente para lograr ver todas las cosas nuevas en Cristo, cuando las mediaciones actuales nos distorsionan casi toda la realidad.

Ciertamente no podemos herirnos más de lo que ya estamos, tampoco es sano tumbarnos en la cama y esperar impacientemente a que se transparente la Divinidad. Es momento de cuestionar nuestro modo de estar y cómo somos mirados; es tiempo de ver lo que no habíamos podido ver; es época de reconocer que las balas y heridas muchas veces no dependen de nuestras decisiones,

pero sí depende de nosotros el modo como enfrentamos y reaccionamos ante esos acontecimientos.

Comunidad universitaria; Comunidad IBERO, al iniciar estos festejos por los 500 años de la conversión de Ignacio de Loyola les invito a celebrar juntos este gran acontecimiento, a partir de las distintas actividades que tendremos en nuestra Universidad.

Les animo a transformarnos en nuevas personas para ser buena noticia y esperanza en tiempos complejos como los que estamos viviendo.

Hagamos que este Año Ignaciano, esté guiado por las preferencias apostólicas de la Compañía de Jesús; que profesores y profesoras, alumnos y alumnas, personal administrativo, de servicios, amigos y amigas de nuestra Universidad, así como Jesuitas, podamos vivir en este tiempo como una gran oportunidad de dejarnos llevar en las manos de Dios. Que Dios, por intercesión de San Ignacio de Loyola, nos bendiga; que nos bendiga abundantemente; que nos dé buen humor, alegría, salud y un corazón capaz de transformarnos y transformar el mundo.



Ignatius 500  
AÑOS DE LA  
CONVERSIÓN  
DE IGNACIO